

Literatura y política en dos países latinoamericanos limítrofes: las novelas *Un dios cotidiano* (1957) de David Viñas en Argentina y *Los deshabitados* (1959) de Marcelo Quiroga Santa Cruz en Bolivia

Autor:
Santos, Susana

Revista:
El Matadero.

2014, vol. 8, pp. 117-134

Artículo

Literatura y política en dos países latinoamericanos limítrofes:

las novelas *Un dios cotidiano* (1957) de David Viñas en Argentina y *Los deshabitados* (1959) de Marcelo Quiroga Santa Cruz en Bolivia



Susana Santos

Universidad de Buenos Aires

Buenos Aires, La Paz, Buenos Aires: vidas para leerlas

El cierre de la Guerra Mundial de 1939 al 45, con el triunfo de los aliados sobre el Eje, permitía suponer que la coyuntura de alianzas entre USA y la URSS evidenciaría la precariedad del entendimiento entre las llamadas democracias occidentales y Moscú. Tanto fue así, que el itinerario de la *guerra fría* fue abriendo su circuito

David Viñas, *Contrapunto político en América Latina: Siglo XX*, 1982

...todo ocurre como si el mundo, el hombre y el hombre-en-el-mundo sólo llegasen a realizar un Dios fallido.

Jean-Paul Sartre, *El Ser y la Nada*, 1943

En 1957 se publica en Buenos Aires *Un dios cotidiano*, novela de David Viñas ganadora del premio Kraft; en el mismo año, en La Paz, Marcelo Quiroga Santa Cruz, en el contexto del triunfo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), compone su novela *Los deshabitados*. Un año antes del Premio, Viñas había realizado su primera salida de la Argentina: el destino elegido era la ciudad de La Paz (Bolivia). Esta elección comprometía, como afirmará 50 años después, “una especie de conjuro al iniciático viaje a París [...] Era un señorito de la calle Corrientes y descubría a los indios y a la cremallera para seguir trepando con el tren hacia el Altiplano. Nieve por primera vez”. Entre los motivos positivos –y no desafiadamente negativos– de este viaje se contaba, en primer lugar, observar de primera mano los cambios iniciados por el MNR tras su victoria en las jornadas de abril de 1952. Casi una década antes de Cuba, el país más pobre de los Andes hacía cundir la euforia de una revolución posible. En una ojeada retrospectiva, que abarque la entera carrera intelectual y política de Viñas, puede constatararse aquí la proyección latinoamericanista de su ideario, que nunca abandonó.

Por distintas razones, sin dudas políticas, Quiroga Santa Cruz viajó y vivió en la Argentina entre los años 1971 y 1974, año en que muere el presidente Juan Domingo Perón en ejercicio de su tercer mandato. Había fundado en Bolivia junto a otros

intelectuales y dirigentes sindicales el Partido Socialista; su oposición al golpe de Estado dirigido por coronel Hugo Banzer Suárez le valió en 1971 su forzada salida del país. En Buenos Aires, proseguirá su actividad política con compatriotas exiliados, pero también será docente en la Universidad de Buenos Aires: es en tierra argentina donde escribirá el ensayo *El saqueo a Bolivia*.

Durante los tres años que comprendió la estadía de Quiroga Santa Cruz en Argentina, Viñas publicará algunos de los ensayos centrales de la crítica literaria y la historia social nacional: *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar* (Siglo Veinte) y *Rebeliones populares argentinas: De los montoneros a los anarquistas* (Carlos Pérez Editor), *Grotesco, inmigración y fracaso: Armando Discépolo* (Editorial Corregidor). Como novelista y dramaturgo, suma obras y premios: la pieza teatral *Lisandro* (Editorial Merlín) gana el Premio Nacional de Teatro; estrena el drama *Tupac Amaru*, que recibe el Premio Nacional de la Crítica; su novela *Jauría*, el Premio Nacional de Literatura.

Cuando el golpe militar de 1976 depone en Argentina a la presidenta Isabel Martínez de Perón, los dos intelectuales están en México. David Viñas relató que había recibido un llamado “no vengas a la Argentina porque sos boleta”. Marcelo Quiroga Santa Cruz llevaba dos años trabajando en la UNAM, y también colaboraba como columnista en diarios locales.

La elección de estos datos, basada en la coincidencia de las estadías en tierras propias y ajenas, resulta acotada respecto de los itinerarios totales de Viñas y Quiroga Santa Cruz, pero permite perfilar dos trayectorias de intelectuales sudamericanos donde la cualidad del escritor y la profesión de escribir se moldean en una utopía opositora a “los que mandan” en sus países, y cuyo *corpus* publicado, en un sentido amplio, entre ensayos de interpretación social y obras de ficción tampoco alejadas del compromiso de incidir políticamente en aquellas sociedades, pone de manifiesto un destino donde no faltaron viajes y exilios.

En todos los géneros que practicó, David Viñas buscó dar cuenta, narrativamente, de los ciclos de la historia argentina y aun hemisférica, en relación más o menos estentórea o asordada con otros hechos continentales. Con el tiempo, estas obras, si son leídas en su conjunto, construyen una interpretación y una progresión desde la Colonia española hasta los Bicentenarios de la Independencia americana. La presencia constante de la geografía y de la historia, como claves primeras e ineludibles, las revelan como disciplinas inextricables de su ambición de descolonizar el pensamiento americano medio, cuando no hegemónico. Que David Viñas prefiriera leer la historia, ante todo política, en clave de literatura, o viceversa, no presenta un enigma en una encrucijada cerrada: ambas perspectivas están presentes, y ninguna de las dos invalida el derecho de existencia de la otra, ni establece nunca un orden de precedencia rutinario. Antes bien, Viñas ha ideado un estilo donde la literatura es medio de un conocimiento que no puede alcanzarse por otros, y la donde sólo la historia puede ofrecer un relato útil de las fantasías, los trabajos y los días, los éxitos y las derrotas en el devenir de los hombres.

El contraste que resulta de comparar la obra publicada del argentino Viñas con la del boliviano Quiroga Santa Cruz es cuantitativo antes que cualitativo. Santa Cruz publicó en vida una sola obra de ficción, *Los deshabitados*.¹ Sus numerosos ensayos versan sobre temas políticos, que competían la defensa de la soberanía de su país ante la presión económica y política norteamericana en los años de la Guerra Fría y la emancipación continental del imperialismo. Estas posiciones ideológicas coinciden con aquellas a las que Viñas adhirió, sin desfallecimientos, durante toda su vida. Sus discursos asociaron su militancia política partidaria y con una retórica a la vez altamente literaria y eficaz en un posicionamiento que no conocía medias tintas. Su interpelación al ex dictador golpista Hugo Banzer, fue el primer “Juicio por responsabilidades” realizado en Bolivia a un presidente en ejercicio.²

1. En 1990 se publicó su novela póstuma e inconclusa *Otra vez marzo*. Además del poemario *Un arlequín se está muriendo*, escrito en su adolescencia; publicó bajo el pseudónimo de Pablo Zagal en el suplemento *Presencia Literaria* de La Paz, entre 1979 y 1980, los poemas “No es en vano”, “Amor muerte”, “Muertamada”.

2. “Los delitos de que deben ser acusados los ciudadanos Barrientos Ortuño y Antonio Arguedas Mendieta no han sido cometidos en desmedro o violación de derechos particulares, circunstancia que los haría pasibles de sanción penal inmediata u obligatoria a la reparación del daño civil inferido. Por el contrario, la responsabilidad que se invoca es esencialmente política (...) (continúa en página 129)

Coincidentemente, Viñas y Quiroga Santa Cruz fundaron revistas de crítica literaria, se vincularon con la actividad cinematográfica y fueron profesores universitarios dedicados a la enseñanza de la literatura.³

Novelas eclesiásticas, en el Plata y en el Altiplano andino

I was unluckier, I had no chance to repent,
so I learned something, we must keep sin pure
Or it will poison us, the grain of goodness in a sin is poison.

Robinson Jeffers, *Tamar and other poems*

Es porque creo que el drama del hombre no es de la
vacilación frente a la dualidad: no nos habita siquiera una
duda, no nos habita nada: estamos deshabitados

Marcelo Quiroga Santa Cruz, *Los deshabitados*

Un dios cotidiano, publicada durante el gobierno de facto que derrocó el segundo mandato peronista, se desarrolla en un colegio de pupilos de curas salesianos del interior de la provincia de Buenos Aires; el telón político de fondo, en Europa, es el desarrollo de la Guerra Civil Española, 1936-1939. El espacio cerrado unisexual es una de las escenas metáforas recurrentes en la novelística de Viñas: el internado escolar de esta novela del 57 como el de *Prontuario* (1993), o cuarteles, escuelas militares y cárceles en *Los dueños de la tierra* (1958), *Hombres a caballo* (1967) o *Cuerpo a Cuerpo* (1979); más abiertamente, más heterosexual, el prostíbulo de *Cayó sobre su rostro* (1955) y aun los ámbitos universitarios de *Dar la cara* (1962) y *Claudia conversa* (1995).⁴

En cambio, *Los Deshabitados*, publicada en el contexto de la Revolución de 1952, no ofrece ninguna referencia específica de orden temporal o espacial. Aquí los dos autores reaccionan a diferentes tradiciones literarias nacionales. Si en la década de 1940 había triunfado en Argentina la novela más filosófica que social de Eduardo Mallea, que continuó en la década siguiente H. A. Murena, y en un segundo plano, por entonces, la ficción fantástica y policial de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, las novelas de Viñas serán virulentamente políticas y sociales; el grupo de *Contorno*, notoriamente, había reivindicado a Roberto Arlt y aun a Leopoldo Marechal. Todos los autores y estilos a los que Viñas se oponía habían ganado, con el triunfo de la llamada Revolución Libertadora, una legitimidad intelectual, por antiperonistas, que se traducía en cargos y promociones públicas y privadas. En Bolivia, por el contrario, la tradición de novela social e indigenista se había impuesto al menos desde *Raza de Bronce* (1919) de Alcides Arguedas como dominante y casi obligatoria; como en esta novela, los autores no serían siempre ni indígenas ni socialistas, aunque tomaran el desencuentro entre criollos, cholos e indios como el centro y origen de los conflictos que determinan la acción en sus novelas.

La acción de *Los deshabitados* transcurre en una ciudad anónima, premoderna o, al menos, todavía sin los adjetivos que garantizan el avance de la modernización, que en Bolivia, en los años siguientes al triunfo del MNR en la Revolución de 1952, el oficialismo emenerista mostraría, y buscaría exhibir, como sus rasgos más ostentosos y ostensibles. El título de la novela, *Los deshabitados*, alude, oblicua pero firmemente, a una caracterización propia de espacios geográficos habitables que se vuelve metáfora de una generación, o condición, boliviana, de *hollow men* como los del modernista angloamericano T. S. Eliot: hombres huecos, deshabitados por una acción (social, humana) de vaciamiento antes que originariamente vacíos, por antiguo que

3. Con su hermano Ismael, Viñas fundó la emblemática *Contorno* (1953) y también *Ciudad* (1947); Quiroga Santa Cruz, el semanario *Pro Arte* (1952), *Guión* (1959) revista dedicada a la crítica cinematográfica y teatral, y el periódico *El sol* (1964).

4. *Dar la cara* (llevada al cine por José Martínez Suárez, cuyo guión escribió el mismo Viñas) retoma la línea polémica, católica y educativa, de *Un dios cotidiano* ahora en el escenario de la presidencia de Frondizi (1958) cuando se desarrollaron los combates por la universidad "Laica o Libre".

ese vaciamiento sea. Se trata de espacios y lugares no meramente físicos: su órbita comprende lo ontológico y lo político: “No nos habita siquiera una duda: no nos habita nada [...] pero no en el sentido en que lo está una casa, no; [...] El nuestro es distinto. Se trata de una oquedad absurda, ciega e irreparable. Nuestro vacío es total y anterior a nosotros mismos; y, pienso, nos sobrevivirá” (Quiroga Santa Cruz 1995: 262). El parlamento de Durcot transmite la representación de sí como un ser cósmicamente impugnado por el universo, cuya identidad es precaria. Por una paradoja sólo aparente, esta instancia confiere un horizonte de historicidad más allá de lo local.

Al mismo tiempo, las dos novelas presentan argumentos cuyos puntos de contacto son más firmes que lo que los vincula como avatares distintos del realismo. En *Un dios cotidiano*, un narrador protagonista, el sacerdote católico Carlos Ferré, recupera el período de sus prácticas docentes en el Colegio de la Cruz, previas a los estudios de teología que deberá realizar en Córdoba. Este episodio básico da lugar a la evocación de otros tiempos y lugares, que proporcionan un conjunto de datos cronológicos en una continuidad significativa del drama personal, y que concluyen, o comienzan, en la inevitable comprobación de que hay estructuras sociales que condicionan toda experiencia. Carlos Ferré apunta desde su llegada: “Lo primero que me llamó la atención al entrar al Colegio de la Cruz fueron esos chicos que daban vueltas y vueltas alrededor del patio” (Viñas 1957: 13), sus “únicos libros que había llevado: *Le Mystère de la Charité de Jeanne d’Arc*, los poemas de Robinson Jeffers (‘...el grano de la bondad en un pecado es el veneno...’), la edición de Proa de *El tamaño de mi esperanza*, Pascal” (Viñas 1957: 23). Ferré tratará de vivir e imaginar de manera diferente a la de su entorno católico tradicional; buscará comprobar la existencia de conexiones insospechadas que transmiten e imponen límites, que sólo pueden romperse mediante un examen riguroso, pero aún así el éxito no está asegurado.

En la novela, la declarada posición de Ferré frente a la captación de la realidad, “Yo que era un padre joven, yo que estaba fuera y veía las cosas con objetividad” (Viñas 1957: 16), enmascara, o delata, un procedimiento de filiación proustiana en la distancia, que es la de la memoria recuperada desde un presente, que el sujeto de la enunciación establece con un sujeto del enunciado que es, y no es, otro que él mismo.⁵ Precisamente, si de algo no se trata es de un simple observador externo, objetivo: Ferré es alguien enredado en la acción. La proclamada búsqueda de objetividad y del sentido de lo ocurrido se basará en su propia conciencia, que no será la presente de los hechos, sino una conciencia mnémica. La realidad pasada y los personajes vinculados a ella aparecerán ordenados desde esa única perspectiva, en la cual el protagonista se encontrará a la vez en su interior, en tanto observador participante, a la vez que separado y alejado, desde un presente que le permite colocarse frente a su pasado con la debida distancia. La ordenación de todos los contenidos será, precisamente, lo que frustre su propósito de objetividad: todo corresponde, en suma, a esa única subjetividad.

En *Los deshabitados*, la figura del narrador, más cercano en su estilo y punto de vista a la impronta de Virginia Woolf que a Marcel Proust, aproxima la realidad, sin tomar parte de los acontecimientos, a través de las variadas y disímiles impresiones y conciencias de los personajes. Estos no guardan entre sí una conexión sistemática, sino que su conjunto queda establecido precisamente por esa veloz figura del narrador que une a los actores sólo por el despliegue de un relato meditativo.

En la composición fragmentaria de la novela, los motivos externos de los hechos desencadenan procesos internos que parecen casuales; el procedimiento impone la concatenación de episodios triviales, sin gran significación propia. No hay grandes cambios. Cuando ocurren hechos dolorosos o terribles, como el suicidio de las hermanas Flor y Teresa, los mismos son narrados en igual tono, casi informativamente; sin embargo, esa neutralidad casi desinteresada y desasida del narrador contribuye a poner de manifiesto una arbitrariedad común, a la que nadie escapa, y que alude a una condición de todos los personajes,

5. Este señalamiento de un deliberado principio constructivo que sostiene, y vela, la narración y su sentido, se distingue del uso cultural de Proust en Argentina que Viñas, bajo el seudónimo de Diego Sánchez Cortés, en *Contorno*, había precisado e ironizado: “El que cita a Proust para explicar la calle Corrientes. El que desprecia al que tiene capacidad de odiar porque dice que suda y lo llama ‘irrito’. El que nunca se largó una puteada porque le pareció de mal tono y que llamó ‘vulpejas’ a las reas porque se creyó superior a ellas” (“Arlt, un escolio”, p. 11-12).

que participan en un modelo social sin esperanza del que sin embargo son tan herederos como activos continuadores. La noción de la pasión inútil, existencialista y sartreana en el contenido, pero no en las formas, resulta central a la “epopeya” de estos personajes deshabitados, que hacen una suerte de épica en sordina de esos acontecimientos minúsculos, “burgueses”, nada revolucionarios, que forman su cotidianidad.

Así María Vacaro aplica una inyección: “María midió la profundidad del corte, ladeó la ampollita bajo una mirada atenta y la descabezó de un violento papirotazo. Teresa creyó descubrir en ese gesto una energía que, como no encontraba semejante en sí misma, se vio en la necesidad de suponer poco femenina” (Quiroga Santa Cruz 1995: 76). Cuando el jovencito Pablo besa a su tía Flor:

Pablo sintió la presión de los agudos codos que lo estrechaban, con esa ternura que en los seres feos se envilece bajo la apariencia del impudor o la sensualidad viciosa. Por dos veces seguidas vio y sintió aparecer el ojo quieto de su tía —como si se posara sobre el suyo con la acariciante viscosidad de un molusco que se posa sobre otro para copular—, desaparecer después por la curva de su mejilla donde sentía llegar, desde la depresión formada por el semicírculo descarnado del pómulo, el cosquilleo de las pestañas que al juntarse, arrastraban la piel en un rugosidad que Pablo sentía formarse en rápidas contracciones musculares que aprisionaban su piel como una boca exigente (Quiroga Santa Cruz 1995: 139).

El “deshabitamiento”, la soledad, significan también en sordina, en imagen invertida, la lascivia, los deseos, las fantasías, que, en un punto de difícil equilibrio, lejos de ser risibles provocan patetismo.

La crítica ha señalado sobre este aspecto: “Que la novela de Marcelo Quiroga Santa Cruz no mencione ningún hecho político específico, no significa que olvide de registrar el efecto que la Revolución de 1952 tuvo en la conciencia ciudadana del país. *Los deshabitados* registra la crisis de esta Revolución en el plano emotivo y psicológico de la clase media” (Sanjinés 2004: 5). En un sentido más general, *Los deshabitados* expresa las ilusiones perdidas, pero sin acudir a la retrospectiva idealizadora del pasado y a la protesta como formas del viejo orden que la Revolución reformó, pero no transformó, traicionando su promesa. La deliberada, exhibida despolitización de *Los deshabitados*, como si se narrara fuera de la de la historia, confirma una visión más compleja de una dinámica social incierta.

En el nombre del padre

Hay un santísimo derecho en el mundo: nuestro derecho de fracasar
y andar solos y de poder sufrir. No sin misterio me ha salido lo de
santísimo, pues hasta Dios nos envidió la flaqueza y, haciéndose
hombre, se añadió el sufrimiento y brilló como un cartel en la cruz

Jorge Luis Borges, *El tamaño de mi esperanza*

Es difícil amar lo que no se comprende

Marcelo Quiroga Santa Cruz, *Los deshabitados*

Las asimetrías aparentes y las simetrías secretas entre las novelas de Viñas y de Quiroga Santa Cruz son rasgos generales de una más amplia y a la vez específica dimensión compartida que halla sustento en el drama de la Iglesia Católica a mediados de siglo en Latinoamérica en lo que atañe a lo doctrinario, ideológico e intelectual.⁶

6. En el horizonte de publicación de *Un dios cotidiano* y *Los deshabitados*, otras novelas latinoamericanas tematizaron el drama católico. Entre ellas: *El Cristo de espaldas* (1952) del colombiano Eduardo Caballero Calderón, *El peso de la noche* (1964) del chileno Jorge Edwards, *Las buenas conciencias* (1959) del mexicano Carlos Fuentes, *Los ríos profundos* (1958) y *Todas las sangres* (1964) del peruano José María Arguedas.

Una Iglesia que desde su fundación proclamó su universalidad: su carácter universal fue indicado en su nombre griego, *católica*. Sin fronteras, según la teología, por la gracia crística que desborda y trasciende los límites, todos y siempre, aún los de la Iglesia visible por medio del Espíritu Santo. A diferencia de una comunidad sectaria, de la asamblea de los “pocos” (*olichoi*), de los predestinados, de los “santos”, la religión católica apela a una naturaleza “abierta”, de “los pecadores” que han sentido la llamada del Señor y le han seguido y de aquellos que todavía no han oído o han desatendido esa llamada. Sin embargo, sólo un pequeño grupo, una minoría, tiene plena conciencia de las exigencias de la Fe, sólo una minoría cumple verdaderamente el precepto de la caridad, sólo unos pocos esperan vehementemente el Advenimiento del Señor, pues estamos en los “tiempos escatológicos” y la Parusía siempre está próxima (Dussell, 1992: 193).

Sin embargo, en América Latina, con notables excepciones, la Iglesia Católica como institución, desde los tiempos de la colonia española, se había visto asociada con las clases dominantes. Se vio definida por su vinculación con el orden temporal, a quien servía de “brazo espiritual”: esta posición la sujetará a las alternativas de los grupos de poder. Las revoluciones nacionales de comienzos del siglo XIX desplazaron a la minoría hispana de los gobiernos a favor de una oligarquía criolla; una consecuencia de ello, en Argentina, a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, fue que los sectores del poder, en especial los que adoptaban ideas liberales, implantaran leyes laicas.

Antecedido por las consecuencias de las crisis económica de 1929 e institucional de 1930, que pusieron a prueba el régimen republicano de democracia representativa, el estallido de la Guerra Civil Española “volvió a movilizar las energías de los predicadores del catolicismo antimoderno y por primera vez alineó sobre sus posiciones al grueso de la opinión católica; dio también la ocasión para un casi póstumo despliegue de las pasiones que aún ardían bajo las cenizas entre los herederos de la variante argentina del liberalismo secularizador, quizá la más moderada entre las que florecieron en Hispanoamérica” (Halperin Donghi 2003: 20). Este tránsito histórico será el anticipo de la Segunda Guerra Mundial y de sus apasionados debates e introspecciones que “en el ámbito católico, las propuestas y los argumentos son presentados en términos que no dejan lugar a ambigüedades [...] la autoridad infalible del vicario de Cristo ocupa la cumbre de la jerarquía en una institución que no por reivindicar un origen divino se permite ignorar que está también ella sumergida en la corriente de la historia” (Halperin Donghi: 209).

Como ya se señaló, el tiempo narrado de *Un dios cotidiano* coincide con el desenlace de la Guerra Civil Española cuyos ecos se hacen sentir en un colegio católico argentino. En la novela, se trasladan los términos históricos de los hechos políticos, ideológicos y culturales en un contrapunto con la posguerra y con el período que siguió al peronismo, donde el integrismo católico comenzaría a hacer sentir una fuerza que crecería con el Onganiato y con el Proceso: en los hechos pretéritos, se reconocen las posibilidades que habilitan el presente.

El triunfo de Francisco Franco en 1939, “Caudillo de España por la gracia de Dios”, como decía el lema que envolviendo a su efigie iba a acuñarse en las pesetas, señala el presente de la Revolución Libertadora triunfante en 1955. Contrasta con el lugar de la Iglesia Católica en Francia, significativamente en la valoración de Péguy. “¿Le gusta Péguy? –y apoyaba los codos sobre la mesa. –Es un revolucionario –aseguré. –¿Un revolucionario? –Porter negó vehementemente con la cabeza. –A mí me parece nada más que un demagogo. Un demagogo del socialismo cristiano” (Viñas 1957: 37).

La continuidad de España como activo epicentro de las discusiones del papel de la Iglesia Católica durante el enfrentamiento que culminó con la derrota republicana,⁷ y la atención que genera en Buenos Aires la querrela transoceánica, coincide e incide

7. Muerto Miguel de Unamuno al comienzo de la contienda, en 1936, el papel del principal heterodoxo católico tocará a José Bergamín, pronto exiliado en México; desde Europa, sin embargo, las posiciones clave que influirían y aun determinarían muchas de los latinoamericanos fueron de los franceses (Bernanos, Mauriac, Maritain, Mounier, Brasillach, Claudel, Massis, divididos entre quienes apoyaban a la República y quienes a la Falange). Sólo anotamos que Jacques Maritain, que durante la Segunda Guerra Mundial huiría de la ocupación nazi para exiliarse en Estados Unidos, estuvo en Argentina en 1936. Las convicciones de este filósofo neotomista, que en la posguerra se volvería paladín de la democracia cristiana, provocaron dilemas y escisiones en el sector de la cultura católica, mayormente vinculada a las conservadoras élites gobernantes.

con el desarrollo del propio debate local. Debates confesionales que no sólo atañen, y acaso no sólo en primer lugar, a lo religioso, sino también a lo político, y a los intereses económicos y sociales.⁸

Significativamente, en 1956, en Buenos Aires se había publicado el libro de Pierre Andreu *Grandeza y errores de los curas obreros* y la provocativa novela de “escandalosas revelaciones” sobre el Vaticano de Roger Peyrefitte, *Las llaves de San Pedro*, en oposición a la épica de los padres obreros. Los dos libros tratan el hondo y crispado debate que se originó en Francia a raíz de las acciones adoptadas por un grupo de sacerdotes. “La historia es larga pero puede resumirse. Algunas experiencias aisladas: la del padre Loisy entre los portuarios de Marsella, la de los católicos que, como el padre Dillard, fueron a compartir durante la guerra, con deportados y prisioneros, los años de cautividad en Alemania, dieron una medida, hasta entonces no advertida, de la descristianización profunda de la clase obrera francesa. Un libro de gran resonancia, *France, pays de mission?* de los abates Godin y Daniel encauzó y prestigió estas preocupaciones” (Real de Azúa 1956: 21)⁹

La concepción de los llamados “padres obreros” acerca del destino del sacerdote y su apostolado se originó en su conciencia de la miseria del proletariado, que los comprometió a luchar contra el orden, que hallaban opresivo e injusto, del capitalismo y buscar el bienestar del obrero y la justicia. Su percepción de la dinámica social de aquella coyuntura histórica los llevará a identificar la causa obrera con la llevada a cabo por el Partido Comunista (como la única fuerza activa en esta lucha), acercándose por esta vía a las conclusiones de Jean-Paul Sartre.¹⁰

En tanto, los debates del sector católico de los primeros años de la década de 1950, que en *Un dios cotidiano* tienen su desarrollo también por transposición de los términos históricos —del pasado recobrado en la novela al presente de su publicación—, en gran parte habían empezado a circular por publicaciones que venían de las décadas precedentes.

Tres fueron las revistas principales del debate católico en Argentina. *Criterio*, en el centro de la escena, dirigida, hasta 1957, por el Padre Gustavo Franceschi;¹¹ *Estudios*, centrada en la orden jesuita con el seminario metropolitano y el Colegio del Salvador; y *Ciudad*, dirigida por Carlos Manuel Muñoz, que publicó sólo tres números, y “enunció las necesidades de un sector interpelado por el catolicismo europeo de posguerra, que buscaba en la crítica a la fe institucionalizada una forma de religiosidad menos ‘parroquial’, no era una revista ‘católica’, pero los católicos participaban activamente en ella”.¹²

Una distinción que corresponde al momento de estas publicaciones:

[...] aquella tradición literaria y cultural que se desplegó en los años veinte y treinta en torno a una vanguardia artística católica que podía encontrarse en los *Cursos de Cultura Católica* y en *Convivio*, en la revista *Número*, que frecuentó las publicaciones nacionalistas como *Sol y Luna*, que giró en torno a los éxitos editoriales —aun con el recelo de la crítica no católica— de figuras como Manuel Gálvez o Gustavo Martínez Zuviría (Hugo West), y que estuvo marcada por el hispanismo y la referencia constante al modelo literario de Gilbert Keith Chesterton [...] uno de los fenómenos interesantes es la aparición, al final de la década del ‘50, de un grupo de narradores católicos que, sin desviarse de las creencias tradicionales, iluminan con cruda luz la condición pecadora del hombre y escriben con procedimientos experimentales (Zanca, 2006: 96).¹³

En otras palabras, el nacionalismo argentino que se había fundido, como si fuera de suyo, con una concepción integrista católica en las décadas de 1930 y 1940, y se pretendía sólido e imperturbable, se irá desintegrando ya desde los años de posguerra

8. “Se ha planteado en diversos países de Europa —y según toda probabilidad se ha de extender a otros de América— un problema que, existente ya antes de la guerra de 1939-1945, se ha intensificado hoy, adquiriendo una virulencia enconada y un aspecto concreto: se trata de la cooperación entre comunistas y católicos. (continúa en página 129)

9. La suma de adhesiones y condenas conoció su clímax. Los “cristianos progresistas” (intelectuales católicos comunistas) y su jefe, el abate Bouillier, apoyaron las medidas más extremas y confundieron sus propósitos con los de los curas obreros. (continúa en página 130)

10. Sartre, Jean-Paul, “Les communistes et la paix”, en *Les temps modernes*, números 81, 84-85 y 101.

11. Franceschi había adecuado su discurso al tambaleante escenario político internacional y local. Franquista en los años treinta —enfrentado a Jacques Maritain por su postura frente a la Guerra Civil—... (continúa en página 130)

12. Entre los colaboradores de *Ciudad* se destacaban Adolfo Prieto, Magdalena Harriague, Norberto Rodríguez Bustamante, Rodolfo Borello y Héctor Grossi.

13. “En Argentina, por ejemplo Dalmiro Sáenz, Hellen Ferro, Federico Peltzer, Bonifacio Lastra y otros. No hay en ellos beatería. Al contrario: suelen atreverse con los temas del sexo, el crimen, la violencia, la infamia, y lo hacen con libre ingenio y buen humor. Replegados en el viejo catolicismo, pero desplegando técnicas de vanguardia” (Anderson Imbert, 1954: 359)

14. “Pero los personajes chester-tonianos son disfraces de ideas, de paradojas, de sentimientos, mientras los seres creados por la imaginación greeniana son de carne y hueso, auténticos, de una humanidad como muy pocos autores contemporáneos han sido capaces de lograr” (Ivanishevich Machado 1951: 494).

y habrá para el crítico católico la posibilidad de valorar positivamente incluso aquellas obras que ejercieran la crítica contra los pilares que habían conformado el “mito de la nación católica”: catolicismo, hispanismo, una teología intransigente con la modernidad. Chesterton será reemplazado por Graham Greene. Si en el primero los protagonistas católicos son detectives, en el segundo son los criminales.¹⁴ Además de los ingleses Chesterton y Greene, circulaban las “novelas católicas”, en traducciones castellanas las más de las veces encargadas por editoriales argentinas, de los franceses François Mauriac, George Bernanos y Julien Green.

La aparición de *Un dios cotidiano* intervendrá en ese ámbito crítico católico argentino dividido respecto a la mirada de los intelectuales de su pasado. El recorrido de la novela por “un mundo católico de los años treinta” la convirtió en un motivo de controversias. En el bastión más íntimo de la cultura católica, Gustavo Ferrari señalaba en *Criterio* que debía valorarse una novela que, a pesar de juzgarla poco verosímil y acaso caricaturesca, se aproximaba sin embargo a la vida religiosa, dado que su antecedente más cercano se hallaba recién en *Miércoles santo* de Gálvez, publicada en 1930.

David Viñas - que puntualizó este otro aspecto del debate en *Un dios cotidiano*: “- ¿Le parece tan despreciable Hugo Wast? - lo interrumpió Sánchez [...] Uno como ese no es útil en ninguna parte. Atrofia una religión, la embota. La pueriliza [...] La envilece le sugerí” (Viñas 1957: 97), en prospectiva aquilatará ese momento donde métodos y prácticas artísticas tienen su correlato confesional e ideológico:

[...] si aquella [*Contorno*] pretendía definirse por la izquierda intelectual con todos los equívocos que eso presupone, la segunda [*Ciudad*], tanto por sus postulaciones como por su dirección y sus colaboradores estables, tenía una entonación más centrista, digamos, casi social cristiana [...]. Sin embargo, varios de los escritores que figuraban en *Contorno* colaboraron en el número de *Ciudad*; lo que llevaría a reflexionar no sólo en la fluidez, en la falta de “lugar” definitivo y en los vaivenes correlativos de los jóvenes escritores de aquellos años, como en la no existencia de compartimientos estancos, sino en un sustrato común de tipo generacional y en un corpus ideológico en estado coloidal cuyo núcleo más compacto estaba representado, ambiguamente a veces, por la influencia de Martínez Estrada. Esa presencia, vista en perspectiva, implicaba entonces un doble movimiento de seducción y de cuestionamiento; y si en dirección a *Contorno* fueron predominando las reticencias que se convirtieron en distancia hasta llegar al ademán de despegue más explicitado por Sebrelli, entre los escritores de *Ciudad* se tradujeron, con el tiempo, en una adhesión categórica pero mucho más concentrada en aquellos componentes que yo consideraba lo más precario en términos de lucidez crítica y en lo menos incómodo en dirección a las miradas más ortodoxas o institucionales. Sin tan buenos modales: para los de la revista *Ciudad* Martínez Estrada era un ‘prócer’; para mí, un *hereje*. (David Viñas.1996: 151).

En un solo movimiento, quedará planteado el compromiso en el sentido existencial sartreano del escritor/intelectual que debe optar entre “contaminarse” con el mundo social, las posiciones y pasiones de clase o, por el contrario, permanecer en la “pureza”, en el centrismo, en la equidistancia, revelados ineficaces. O pertenecer “a una generación *parri-cida*” cuyas características más salientes serán la actitud crítica frente a los valores consagrados, una necesidad de revisar el pasado y situar el presente en un contexto más polémico, una puesta al día del vocabulario político y poético, un “*compromiso*” con la realidad argentina y latinoamericana.¹⁵ Colocarse voluntariamente en una “situación” muy semejante al desafío que habían instalado los “padres obreros”, “o jugarse o quedar al margen de aquel sector de la sociedad en el que se están realizando las transformaciones decisivas de la historia” (Real de Azúa 1956: 22). La “*herejía*” –sostendrá Viñas, en este caso, también es “traición”– legítima ideológicamente la recusación al orden impuesto.

15. “Con el cuadro intelectual del existencialismo francés como instrumento de trabajo y de pensamiento, con la realidad argentina modificada por la revolución peronista como materia prima, estos jóvenes de 1945 se vuelven a examinar su circunstancia literaria y hunden su mirada inconformista en la obra realizada por los hombres de la generación del ‘25. (continúa en página 130)

En *Un Dios cotidiano*, Carlos Ferré comprende que “la única forma de no ser un traidor hubiera sido esta: acatar todo lo de mi padre. Mi padre y yo. Yo y mi padre. Dos siameses, padre e hijo. O una sola identidad. Carlos, él. Carlos, yo. De adelante hacia atrás o a la inversa” (Viñas 1957: 94). El nombre del padre, de un dios que no es el “que se tiene que ganar a cada rato, superando las propias dudas” (Viñas 1957: 93), el Director del colegio, la Falange, el peronismo, los militares de la Libertadora quedan en el mismo plano. La recusación a la ortodoxia católica implica también una puesta en cuestión de las instituciones políticas, sociales y económicas.

Sin embargo, la de Viñas no es una novela de tesis que pudiera tranquilizar, sino que hábilmente presenta la imposibilidad o la dificultad de satisfacer el deseo de encontrar “un dios cotidiano” entre los “ascetas”, políticos y burócratas de institución religiosa que castran todo intento de individuación:

Yo le contesté farfullando: —Usted es de los que creen que fue Cristo quien fundó el cristianismo. Él se rió: —¿Y quién fue, si no? Cada uno de nosotros lo tiene que fundar. Mi padre volvió a reír: —Eso me suena a heterodoxia, chico” (Viñas 1957: 33). A la vez, paradójicamente, la misma institución sostiene la traición, esta vez no del “hereje” sino la del delator: “sólo cuando estuve en el pasillo se me ocurrió pensar en eso: que fuera para aplacarlo por lo del libro de Wast. *Que el Director pensase que yo buscaba rehabilitarme*. ‘Una denuncia para quedar bien’, me dije. Eso me provocaba vértigo” (Viñas 1957: 155).

No se puede lavar el “mal” y los intentos sólo aumentan su potencia; entre la indulgencia y la ironía se sintetiza el fracaso en las últimas líneas de la novela: “en el pizarrón había un dibujo grotesco. Ese era yo. Un muñeco ridículo, un poco repugnante. Debajo habían escrito: *El Padre Ferré se las tira de santo*”.

Característicamente, *Los deshabitados*, publicada en un clímax que presupone para las instituciones un viraje en su consistencia o por el contrario asegurarse en el proceso revolucionario, se desplaza hasta anular o desvanecer los motivos históricos en la novela. Este procedimiento acentúa la confianza en que, en la presentación de sucesos cotidianos no ordenados cronológicamente, como hacen las narraciones convencionales, se hallará una cifra de la historia.

La escena inicial de *Los deshabitados*, “Las seis de la tarde. El padre Justiniano ha llegado a tiempo para oír el tañido de las campanas y ver el vuelo desordenado de las palomas frente a su ventana” (Quiroga Santa Cruz 1995: 5), se repite en el capítulo final, como culminación de una ironía que recorre toda la novela, y como señalamiento de la persistencia de un tiempo cíclico en el que el estallido de la revolución no ha hecho mella. “El sacristán vio que el padre Justiniano y Durcot salían de la iglesia. Anudó sus manos en torno a la grasienta sogá que colgaba del campanario y se dejó caer bruscamente, encogiendo las piernas como una marioneta. El badajo goleó el vientre de la campana y levantó una bandada de palomas que extendieron su mancha...” (Quiroga Santa Cruz: 259).

La figura del sacerdote, inicia y concluye la narración, seguido, en un próximo y segundo lugar, por Fernando Durcot, quien vacila entre ser escritor o cura. La eficacia de la doctrina católica aparece resquebrajada y desgarrada. La vocación religiosa, su éxito o fracaso, no parecen decididos por la gracia, o la inteligencia o el celo, sino por un proceso de interpretación de la fe o la doctrina. El sacramento de la confesión no asegura el perdón de los pecados ni al sacerdote el lugar de dador de las palabras; “la gente ya no acuerda al oficio del sacerdote la parte de misterio impenetrable, de fórmulas sólo por él conocidas [...] Todos saben que tienen un camino directo para el que no necesitan guía y esa facilidad le espanta”. (Quiroga Santa Cruz 1995: 83).

Significativamente, en el momento de la publicación de *Los deshabitados* circulaba en la ciudad de La Paz la polémica entablada por el Monseñor Juan Quirós, “comentarista dominical de la hoja literaria de *La Nación*”, a raíz del ensayo *Belzú* del indigenista Fausto Reinaga.¹⁶ La agitada respuesta del escritor, “Revolución, cultura y crítica”, evalúa la posición ideológica de sectores de la Iglesia Católica Boliviana – coincidente con la del clero argentino– durante la Guerra Civil Española, vinculada, en este caso, con el régimen de opresión al indio:¹⁷

16. Fue publicado como un Apéndice de “Franz Tamayo y la Revolución Boliviana”; no lleva Prólogo ni Índice.

17. Desde el poder –analiza Guillermo Lora– el liberalismo extremo no sólo su retórica sino también el uso de los recursos estatales con el fin de efectivizar la alfabetización de los indios. De la misma forma, acudió a la religión católica para imponer, a través de la violencia estatal, el exterminio de las creencias originarias, consideradas “groseras y bárbaras, frente a la santa y más humana doctrina cristiana. Ello porque el evangelio les permitía domesticar y volver mansas a las mayorías que eran un permanente peligro” (Lora 1970: 181).

Mi nuevo libro *Belzú* no tiene otra finalidad que asumir la defensa de un caudillo de las masas. Caudillo enterrado por “la conspiración del silencio”. Cuando su grandeza pungía se le engrilló, se le esposó, mejor, se le hundió bajo una espesa calumnia [...] La calumnia penetró en los mismos ‘cultos’ sacerdotes como el presbítero Juan Quirós (de quien se dice que anduvo en la España falangista, sorbiendo por todos los poros las ‘altas’ enseñanzas de Primo de Rivera y el generalísimo Franco); de ahí que Quirós no acepta al Belzú histórico, sino al Belzú visto y vestido por la ‘intelligentsia’ gamonal, esto es, denigrado, encanallecido, falsificado. El señor Quirós gusta hacerse llamar ‘crítico’ [...]; Quirós se halla orgánicamente incapacitado para entender una Revolución como la que hizo Belzú, y como la que ahora se hace. Porque los comerciantes en religión tienen demasiados intereses enclavados en el antiguo orden de las cosas. Los sacerdotes en Bolivia han sido en un 90% gente de ‘finca y pongo’, gente gamonal. Quirós aunque no fuera ni ex terrateniente ni ex ponguero, por razón de “su” oficio se halla gamolizado. Pues la clericalidad boliviana jamás ha aceptado la vida social sin el minero de alma estañada y el pongo cretino. La Revolución nacional para Quirós, en el mejor de los casos es la “evolución nacional” de la gente de extrema derecha [...]. Según Quirós, el inquisidor Fausto Reinaga y su BELZÚ deben ser echados al fuego de la Santa Inquisición. Las llamas del auto de fe deben devorar las páginas de BELZU, y la sesera ‘maleva’ de su ‘marrano autor’ (Reinaga 1957: 385).

Aún la interpelación de Reinaga en cuanto hace a la adhesión de Monseñor Quirós al franquismo, en Bolivia –que no contó con reformas liberales en el transcurso del siglo xix y debía superar, con la rémora de la pérdida de su pulmón marítimo en la Guerra del Pacífico, la más reciente derrota de la Guerra del Chaco– la tragedia española no agitó el ámbito católico como lo hizo en la Argentina. El episodio que constituyó el momento constitutivo del anticlericalismo fue la Guerra de los Cristeros en México (1926-1929), que originaron las movilizaciones de las federaciones estudiantiles y obreras en decidida oposición al poder del clero.

El poeta cochabambino Óscar Cerruto, inspirado en el ejemplo mexicano, desde las páginas de *Bandera Roja*, uno de los principales diarios paceños de izquierda, asumía las banderas anticlericales: “¡Fundámonos en una acción conjunta y arrojemos al clero de nuestro país! Expulsémosle y habremos conseguido más de cien prédicas líricas y prudenciales. ¡Obreros, estudiantes, hombres libres: pongámonos a la tarea: pidamos la separación de la Iglesia del Estado, expulsemos al cura de Bolivia!” (Melgar Bao: 2012).

En uno de los tantos actos organizados de repudio a la posición de la Iglesia Católica, la Federación de Estudiantes de La Paz y el Centro Obrero de Estudios Sociales invitaron al socialista Gerardo F. Ramírez, que en su discurso censuró el autoritarismo opresivo y la opulencia de las jerarquías eclesiásticas. Opuso las imágenes del cristianismo primitivo, en línea próxima a las posturas de Infantin y Lammenais, y centró el debate en la misma línea ideológica cuyo epicentro era Francia; de este modo, coincidía desde Bolivia con la valoración novelada que en Argentina haría David Viñas.

Aún en 1928 se reavivará la cuestión religiosa. Dos peruanos exiliados en Bolivia asumieron los polos de la querrela. Miguel Ángel Urquieta demandará la condena al régimen de Lázaro Cárdenas, descalificando el estado mexicano y también el soviético.¹⁸ A su vez, Rómulo Meneses, descalificará el “romanismo” como modelo adecuado en materia ideológica y política contemporánea; y asegurará que el poder espiritual y material del catolicismo había entrado en decadencia, que quizá sólo que era una amenaza, únicamente, para la “América Indígena y analfabeta” y el “paroxismo contemporáneo del Asia”. Su caracterización del hombre contemporáneo como un sujeto que vive un drama de conciencia inmerso en un conflicto de creencias, producto del descalabro del cristianismo y del ascenso de ideologías más terrenales, como las de la Revolución Rusa o China, impregna la ideación de los personajes de Marcelo Quiroga Santa Cruz.¹⁹

El conflicto bélico por la disputa del Chaco impuso un paréntesis a la jerarquía eclesiástica y al clero regular en su confrontación con el Estado. Los capellanes del Ejército compartían por primera vez en las trincheras con las diferentes etnias y clases sociales: el proletariado, el campesinado y las capas medias entran en contacto, se interpretan y crecen con sentido de pacto, pues la vorágine de los derrumbes de la conducción oligárquica es más ostensible que en cualquier momento del pasado (Zavaleta 1967: 36).²⁰

La Guerra del Chaco, el más importante antecedente de la Revolución de 1952, habilitará la renovación del pensamiento nacionalista, en especial de signo revolucionario, que fue iniciada por el ensayo de Carlos Montenegro, *Nacionalismo y coloniaje* (1946). Si la conciencia histórica del país sostenida por los sectores del poder identificaban a la Nación, o al sostén de ella en el tiempo, con los valores asegurados por la presencia y continuidad de lo hispánico y lo católico, el nacionalismo revolucionario buscó en cambio sustituir ideológicamente la conciencia histórica por la valoración de la presencia de los sectores populares integrados por los campesinos, indígenas, trabajadores y capas medias urbanas. El inicio del proceso revolucionario de 1952 se realizará en las ciudades y después en el campo, acelerando los hechos, pero también cobrando sus costos.²¹

Uno de los mayores costos que hubo de pagar el MNR en el poder fue la falta de integración de diversos sectores sociales a la Nación redefinida en los nuevos términos revolucionarios. Esto ocurrió con la clase media “deshabitada”, ubicable en las ciudades. Hacía perdurar sus propios mitos. Uno de ellos es la idea de letrado o semiletrado, caracterizado por la tendencia a las ideas abstractas “que con furia prosperan y se recrean en estas zonas humanas, porque las capas medias, en contraste con lo que ocurre con los proletarios y también con los campesinos, no tienen puntos carnales de referencia y tienden al vagabundeo histórico y al ensueño ideológico” (Zavaleta 1967: 40).

El argumento de *Los deshabitados* se centra en las “pequeñas gentes” que son el personal de la novela. Tienen ambiguas explicaciones para cada hecho; la suma de explicaciones les hace perder el sentido de la realidad, y las va enajenando de sí mismas, hasta que nadie parece culpable de su frustración sino esas sus imposible ideas. Nunca o casi nunca descubren de dónde viene su pérdida de sentido. Su empobrecimiento se traduce en un caudal de prejuicios, de miedos decisivos, en suplantaciones activas e inacciones. En conjunto, si se acepta que el fracaso de los destinos personales está fuertemente ligado a los destinos nacionales, la novela de Quiroga Santa Cruz realiza una sustitución de la conciencia histórica; los valores identificables de inmediato, o por defecto, con la nación ya no son más los signados por lo hispano-católico. Por el contrario, la narración interpela casualmente a esos valores para vincular a un sector social disperso y empobrecido en un destino común.

18. Fue dirigida al Primer Congreso Internacional de Magisterio que dio origen a la Internacional Magisterial Americana. El mensaje del peruano circuló en los medios intelectuales y políticos de Bolivia, el Perú y posiblemente de Chile y la Argentina.

19. Meses después en los diarios de La Paz, Urquieta y Meneses continuarían una acre polémica cuyos ecos borran la frontera con el Perú, lo refrendan las páginas de la revista *Amauta* en Lima, y el semanario paceño *Humanidad*, vocero de la Federación Obrera Local de La Paz, quien contaba entre sus colaboradores a Magda Portal. Dentro del ámbito eclesiástico: el sacerdote Tomás Chávez Lobatón, dirigente de la Federación Obrera Local, al enfrentar a la jerarquía eclesial que le había prohibido en 1928 celebrar misas. Chávez Lobatón, para beneplácito de las corrientes anticlericales, colgó los hábitos, sumándose más abiertamente a la campaña anticlerical anarquista.

20. Las nuevas formaciones políticas aceptaron a la Iglesia Católica en sus programas, como es el caso de la Falange Socialista Boliviana, donde inició su militancia Marcelo Quiroga Santa Cruz, quien luego derivará al marxismo. Agrupaciones como la Acción Católica Boliviana, la Juventud Obrera Católica, la Juventud Estudiantil Católica, lograron considerable número de seguidores, cuya influencia no alcanzó sin embargo la ejercida por movimientos sociales de corte marxista o socialista. Varias ciudades tuvieron sus periódicos católicos. *Presencia*, fundado en 1952 en La Paz, será en las décadas de 1960 y 1980 el más importante de Bolivia.

21. “En las ciudades es donde se realiza la lucha revolucionaria, localización que concentra y acelera los hechos tanto como explica algunas diferencias entre la Revolución Mexicana, cuyo carácter es dado por las guerras campesinas, y la Revolución Boliviana, que es un movimiento encabezado por el proletariado minero. (continúa en página 131)

El último encuentro entre Durcot y el Padre Justiniano constituye el desenlace de *Los deshabitados*, si puede decirse, así de una novela que programáticamente renuncia a la progresión lineal y a toda forma de intriga. Las palabras del Párroco no aseguran la ortodoxia católica de la reversibilidad de los méritos y el valor redentor del sufrimiento vicario. A igual que en *Un dios cotidiano*, no se recurre a la noción de que una persona puede sufrir a cuenta de otro, expiar los pecados cometidos por otros, con la fe en la expiación a todo el cuerpo místico que es la Iglesia. Como en las revisiones de vida que suceden en ambas novelas, no aparecen las tentaciones y obsesiones con el Mal. Los santos, si ha lugar, no serán héroes. No tiene sentido la rebelión.

En *Los deshabitados*, sin embargo, el Padre Justiniano, a partir de su aparente conformismo, de su presunta incompetencia en la manera en que realiza su tarea como cura párroco, revela un sentido más profundo, una visión donde todos los hombres son iguales frente a la muerte, y sin definiciones políticas ni morales, abre los términos de una religión secular.

Al sarcasmo final de *Un dios cotidiano*, a su ironía deflacionaria, corresponde a la última reflexión de *Los deshabitados*: “Como un buey. Ya debe tener la nuca ahuecada por el peso del yugo. ¿Cómo se llama? ¡Ah! ; María. Su yugo se llama María; el mío se llama Dios’ La percepción de un ruido confuso y desordenado suscitó la imagen de una paloma caminando sobre el techo de zinc. No eran las palomas. La primera gota cayó sobre una hoja visible desde su cama. Llovía.” (Quiroga Santa Cruz 1995: 266).

Momentos, líneas de fuerza, núcleos y contradicciones.

¿Quién tropieza por fuera?

César Vallejo, *Trilce*

En 1982, David Viñas publicará *Contrapunto político en América Latina: Siglo XX*, compilación de textos de carácter ensayístico y ficcional organizados en una compleja articulación de tiempo y espacio a partir de sus constantes ideológicas que disponen tanto las categorías de lectura del proceso político continental, en un amplio sentido, como sus derivas históricas en una puesta de “series”.

En la parte sexta del libro, “La Revolución Cubana y sus secuelas”, Viñas instala nuevamente en la escena el drama de la Iglesia Católica desde 1958 hasta la década de 1970 en Argentina. “Emergencia de la Ligas Agrarias en Argentina (1969)”, de Francisco Ferrara, desarrolla y analiza el programa del Movimiento Rural de la Acción Católica como parte de las tareas de apostolado con sectores laicos en diversos ámbitos rurales. Si en un principio sostenían un carácter asistencialista, progresivamente en el trabajo con el campesinado se impondrá el apartamiento de las estructuras eclesiales en consonancia con el impacto de las luchas sociales que venían realizando sectores masivos de la población desde la década de 1960, sumándose a ello los reflejos de una situación planteada a nivel mundial. La propia Iglesia acusará esta crisis, y reconocerá de diversas maneras, con mayor o menor discreción, el diálogo entre católicos y marxistas. La encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII alcanza su clímax en la Teoría de la Liberación.²² En Argentina, la radicalización de algunos miembros de las Ligas Agrarias de la Acción Católica resultará en el apartamiento de la jerarquía de la Iglesia y en la represión y muerte de algunos de sus dirigentes en la década de 1970.²³

22. Entre los documentos que testimonian la adhesión a esta renovación de la Iglesia Católica en Argentina, sólo se indican *Peronismo y cristianismo* (1963) del P. Carlos Mugica y *Sacerdotes para el Tercer Mundo* (Bresci, comp. 1994).

23. En 1929 se crea Acción Católica en Cuba; en 1930, en Argentina; en 1943, en Uruguay; en 1935, en Costa Rica; en 1938, en Bolivia. (continúa en página 131)

En la parte séptima de *Contrapunto político*, “Réplicas a la revolución cubana”, ingresa, como por detrás, la Revolución de 1952, ese momento de intensidad histórica que había provocado el viaje de Viñas a Bolivia. Viñas distingue del ensayo *Bolivia: otra lección para América* de José Luis Alcázar y José Baldivia, “Ovando: liquidación del populismo tradicional”, para caracterizar las derivas de un proceso que se ideó o se creyó revolucionario. “El nacionalismo revolucionario en Bolivia, al igual que en otros países de América Latina, subió al poder por la izquierda y terminó claudicando por la derecha [...] sin riesgo de errar se puede apuntar que la suerte del gobierno de Ovando estaba casi decidida desde su advenimiento al poder. El ejército a través del alto mando, fue el primero en tomar la iniciativa cuestionado la presencia de ministros como Marcelo Quiroga Santa Cruz, logrando su salida del gabinete más tarde, y posteriormente eliminando al general Juan José Torres del comando en Jefe de las FFAA” (Viñas 1982: 392).

David Viñas falleció en la ciudad de Buenos Aires el 10 de marzo del 2011. Marcelo Quiroga Santa Cruz está desaparecido, presuntamente asesinado por fuerzas paramilitares en la sede la Central Obrera Boliviana en La Paz el 17 de julio de 1980.

Notas

2. “Los delitos de que deben ser acusados los ciudadanos Barrientos Ortuño y Antonio Arguedas Mendieta no han sido cometidos en desmedro o violación de derechos particulares, circunstancia que los haría pasibles de sanción penal inmediata u obligatoria a la reparación del daño civil inferido. Por el contrario, la responsabilidad que se invoca es esencialmente política (...) Demandamos acusación constitucional contra los ciudadanos René Barrientos Ortuño y Antonio Arguedas Mendieta, Presidente de la República en ejercicio y ex Ministro de Gobierno, respectivamente, por lo siguiente: 1) Por haber servido, el segundo de los nombrados, según propia confesión pública, de agente estipendiado de la cia; 2) por haber, el primero de los nombrados prestado su concurso personal y puesto su autoridad presidencial en apoyo y protección de la misión que la cia cumplió y cumple en Bolivia; 3) por haber, el segundo de los nombrados, remitido una copia del diario de campaña del guerrillero Che Guevara al gobierno cubano, cumpliendo previsiones de la propia cia”. (Quiroga, Ortiz, p.64) (*En página 118*)

8. “Se ha planteado en diversos países de Europa —y según toda probabilidad se ha de extender a otros de América— un problema que, existente ya antes de la guerra de 1939- 1945, se ha intensificado hoy, adquiriendo una virulencia enconada y un aspecto concreto: se trata de la cooperación entre comunistas y católicos. A primera vista la solución pudiera juzgarse muy sencilla: la única respuesta posible para un católico verdadero es la negativa a esa posición que ha tomado el nombre de *Cristianismo progresista*, en diversos países posee sus órganos de publicidad si bien halla hospitalidad en periódicos estrictamente comunistas, ha creado una especie de federación internacional de sus miembros y cuenta con la adhesión, o siquiera la benevolencia, de ciertas personalidades notorias” (Franceschi, 1949: 156). (*En página 123*)

9. La suma de adhesiones y condenas conoció su clímax. Los “cristianos progresistas” (intelectuales católicos comunizantes) y su jefe, el abate Bouillier, apoyaron las medidas más extremas y confundieron sus propósitos con los de los curas obreros. La novela de Gilbert Cesbron, *Los santos van al infierno*, llevó al público una versión de la experiencia. “Los grandes nombres del cristianismo francés, no sólo católicos sino también protestantes y hasta algunos residentes eslavos ortodoxos, fueron entrando en la discusión apasionada. Jacques Madaule, Albert Béguin y todo el grupo de *Esprit* apoyaron la nueva bandera. Otros, como Mauriac, protestaron más genéricamente contra la intervención vaticana. Los padres Congar, Chenu, Desroches, Montuclard, el abate Pierre examinaron con lucidez y simpatía los esfuerzos personales de un sacerdocio más joven y fijaron lo que cabe llamar ‘la doctrina’. A cargo de la alta jerarquía francesa, especialmente los cardenales Feltin y Saliège, estuvo el papel de impartir los consejos y lanzar las advertencias. Los grandes periódicos católicos franceses se alinearon en pro o en contra, no tanto de los Padres obreros en sí como de sus planteos más radicales o de las consecuencias futuras de su compromiso” (Real de Azúa, 1956: 22). (En página 123)
11. Franceschi había adecuado su discurso al tambaleante escenario político internacional y local. Franquista en los años treinta –enfrentado a Jacques Maritain por su postura frente a la Guerra Civil–, levemente proaliado durante la Segunda Guerra, pero defensor a ultranza de la neutralidad, se había mostrado ambiguo al emergente peronismo que, como ha afirmado Lila Caimari (1993:71), podía representar para muchos católicos una versión local, algo deformada, de las democracias cristianas europeas. En *Criterio*, Jaime Potenze y su esposa, Silvia Matharan, escribieron la mayor parte de las críticas cinematográficas, teatrales y algunas literarias. Potenze provenía de los primeros grupos de jóvenes que en forma temprana adhirieron a la figura de Maritain y al humanismo cristiano, y a su oposición a Franco durante la Guerra Civil española. Su participación en *Criterio* –y su amistad con el director– revela que al interior del catolicismo las posiciones no eran unánimes, antes bien existían disensos, concesiones y compromisos. (En página 123)
15. “Con el cuadro intelectual del existencialismo francés como instrumento de trabajo y de pensamiento, con la realidad argentina modificada por la revolución peronista como materia prima, estos jóvenes de 1945 se vuelven a examinar su circunstancia literaria y hunden su mirada inconformista en la obra realizada por los hombres de la generación del ‘25. De los muchos valores propuestos por la crítica rutinaria (Argentina padece en este siglo de una carencia suicida de crítica literaria que tenga responsabilidad social, además de la estética) los jóvenes eliminan, sin mayor análisis y por su sola inanidad a casi todos los nombres prestigiosos. Se quedan con algunos a los que atacan o veneran (mejor sería decir: atacan-veneran) con cierta violencia saludable. Entre estos nombres figuran Roberto Arlt (a quien *Contorno* dedicó un número especial), Horacio Quiroga, Florencio Sánchez, y entre los vivos, a Leopoldo Marechal, *martinfierista* que había sido radiado del Parnaso argentino por su adhesión funcional al peronismo. Pero de todos los escritores argentinos importantes en 1950 y tantos, los que más concitaron el elogio y la diatriba en grado diverso son Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges. Ellos son los verdaderos *padres* contra los que los jóvenes realizan la simbólica operación del parricidio, antes de pasar ellos mismos a asumir el papel principal en la arena literaria y convertirse (*hélas!*) a su vez en padres para una generación más nueva” (Rodríguez Monegal 1956: 8). (En página 124)

21. “En las ciudades es donde se realiza la lucha revolucionaria, localización que concentra y acelera los hechos tanto como explica algunas diferencias entre la Revolución Mexicana, cuyo carácter es dado por las guerras campesinas, y la Revolución Boliviana, que es un movimiento encabezado por el proletariado minero. Es probable que el punto de partida de la Revolución Boliviana haya abreviado el tiempo de la lucha y reducido su costo humano: Pero esta velocidad tiene sus propios defectos. El campesino recibe una liberación por la que no lucha, por lo menos directamente. El campesino tiende a existir como masa indeterminada, así como el proletariado existe como clase primero y después como conciencia de clase, es decir, como grupo estricto, delimitado y coherente. Las capas medias, en cambio, hacen un grupo que, por su indeterminación, se parece al campesinado pero que, a diferencia de él, proporciona un gran número de individualidades. Mientras el campesinado resiste y se mueve como multitud, el proletariado actúa en cuanto clase, y el hombre de las capas medias vive socialmente como un individuo”. (Zavaleta 1967:39) (*En página 127*)
23. En 1929 se crea Acción Católica en Cuba; en 1930, en Argentina; en 1943, en Uruguay; en 1935, en Costa Rica; en 1938, en Bolivia. Estos pocos ejemplos-límites indican las fechas de este fenómeno capital en la historia de la Iglesia latinoamericana. Nacida principalmente según el modo italiano —aunque después de la Segunda Guerra Mundial se verá la influencia francesa de la Acción Católica especializada—, Acción Católica latinoamericana se adapta rápidamente a las situaciones nacionales de tipo mixto (así en Argentina, Uruguay, Venezuela, Perú, Cuba, Bolivia, Brasil, Paraguay, Colombia, etc.). Esta institución desempeña un papel en América Latina que no ha realizado de ningún modo en Europa o en los otros continentes. El laico toma con plena responsabilidad la totalidad del problema eclesial, hasta tal punto que, a todo laico de Acción Católica latinoamericana que viaje a Europa, le choca en gran manera el “clericalismo” de estas Iglesias y la función secundaria y pasiva del laico en las comunidades eclesiales europeas (Dussel 1992: 149). (*En página 128*)

Bibliografía citada

- » Anderson Imbert, Enrique (1954). *Historia de la literatura hispanoamericana*, México: FCE. Vol. II
- » Borges, Jorge Luis ([1926] 1996). *El tamaño de mi esperanza*. Barcelona: Seix Barral.
- » Bresci, Domingo Compilación, presentación y notas (1994). *Documentos para la memoria Histórica. Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo*. Buenos Aires: Centro Salesiano de Estudios, San Juan Bosco.
- » Caimari, Lidia (1993). *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel Historia.
- » Cajías de Villagómez, Dora (2007). "Marcelo Quiroga Santa Cruz, catedrático" en *Alejandro* nro.11. La Paz. pp. 9-11
- » Dussel, Enrique (1992). *Historia de la Iglesia en América Latina. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)*. Madrid: Mundo-Negro/Esquila Misional.
- » Ferrari, Gustavo (1958). "Un Dios cotidiano, un Dios ausente", *Criterio*, nro. 1305, pp. 250-251
- » Franceschi, Gustavo (1949). "Los cristianos progresistas" en *Criterio* nro. 1089, pp. 156-162.
- » Halperin Donghi, Tulio (2003). *La Argentina y la tormenta del mundo: Ideas e ideología entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Ivanissevich Machado, Ludovico (1951). "Fealdad, arte y modernidad", *Criterio* nro. 1142, 490-450.
- » Lora, Guillermo (1970). *Documentos políticos*. La Paz- Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- » Melgar Bao, Ricardo (2012). "Señas, guiños y espejismos revolucionarios: México y Bolivia". www.pacarinadelsur.com/.../248-senas-guiños-y-espejismos-revolucionarios-mexico-y-bolivia.
- » *Mugica, Carlos (1973). Peronismo y cristianismo*. Buenos Aires: Merlín.
- » Quiroga Danta Cruz, Marcelo ([1959] 1995). *Los deshabitados*. La Paz: Plural.
- » Quiroga Santa Cruz, Marcelo y José Ortiz Mercado (1968). "Demanda de Juicio por Responsabilidades contra el presidente de la República y a Antonio Arguedas" en *Revista del Instituto de Sociología Boliviana (ISBO)*.
- » Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1973). *El saqueo a Bolivia*. Buenos Aires: Crisis.
- » Real de Azúa, Carlos (1956). "Drama y sátira de la Iglesia", en *Marcha*. Montevideo, nro 829, pp.21-23. www.archivodeprensa.edu.uy
- » Reinaga, Fausto (1957). *Franz Tamayo y la Revolución Boliviana*. La Paz: Casegural.
- » Rodríguez Monegal, Emir (1956). *El juicio de los parricidas: La nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires: Deucalión.
- » Sanjinés, Javier (2004). "Introducción" en Quiroga Santa Cruz, Marcelo, *Los deshabitados*. La Paz: Plural.

- » Sarlo, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Grupo Planeta/Ariel.
- » Viñas, David (1955). *Cayó sobre su rostro*. Buenos Aires: Ediciones Doble P.
- » Viñas, David (1957). *Un dios cotidiano*. Buenos Aires: Editorial Kraft.
- » Viñas, David (1954). “Arlt, un escolio” en *Contorno*. Buenos Aires. Nro. 2
- » Viñas, David (1962) *Dar la cara*. Buenos Aires: Editorial Jamcana.
- » Viñas, David (1964). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Alvarez Editor.
- » Viñas, David (1971). *Rebeliones populares argentinas: de los montoneros a los anarquistas*. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor.
- » Viñas, David (1971). *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, Siglo Veinte.
- » Viñas, David (2007). “Contratapa”. Buenos Aires: *Página 12*, miércoles 28 de marzo.
- » Viñas, David (1982). *Contrapunto político en América Latina: Siglo XX*. México: ICAP.
- » Tapia, Luis (comp.) (2010). Zavaleta, René, *La autodeterminación de las masas*. Bogotá: Siglo del hombre y Clacso.
- » Zanca, José A. (2010). “La fe de Prometeo: Crítica y secularización en el catolicismo argentino de los años cincuenta”, en *Prismas* [online]. vol.14, n.1 [citado 2012-07-20], pp. 95- 114. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-04992010000100005&lng=es&nrm=iso. ISSN 1852-0499.
- » Zanca, José (2006). *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*. Buenos Aires: Universidad de San Andrés/FCE.
- » Zavaleta, René (1967). “La formación de las clases nacionales”. Montevideo: *Marcha*.

